



# Mi mamá

Ana María Shua



EN EL AÑO 2001 ESTUVE MUY ENFERMA. Los médicos no podían asegurar que fuera a sobrevivir. Mi marido se desmoronó, mis hijas estaban destrozadas y eran demasiado jóvenes para hacerse cargo. Mi mamá tenía en ese momento setenta y cuatro años. Y estaba allí. Como una roca en la tormenta. Sosteniendo todo. Sin llorar. Mamá venía todos los días, en la mañana y en la tarde, se sentaba al lado mío, me tomaba de la mano y me hablaba. Yo no estaba en condiciones de mantener una conversación, pero ella me hablaba igual. Cuando no tenía más tema, abría el diario y me leía las noticias. Su marido y su hermana habían muerto antes de cumplir los cincuenta y un años. Yo tenía cincuenta. Su voz firme y clara me hacía bien. No trataba de alentarme con falsas esperanzas ni de prepararme para el fin. Nos concentrábamos en lo inmediato: las visitas al médico, las inyecciones, los estudios, las transfusiones. Paso a paso. Una vez por semana mi marido me acompañaba a las sesiones de quimio y otra vez a las de rayos. Mamá nunca trató de ocupar su lugar.

Con esa misma entereza, con esa misma claridad, en febrero de este año, mamá rechazó una operación que podría haberle permitido durar un poco más. Estaba en silla de ruedas, pero no vencida. Seguía siendo la misma mujer fuerte y decidida de siempre. Se internó por un problema que parecía fácil de superar. Dos días

después, de pronto, una hemorragia brutal la llevó, sin que ella lo supiera, a Terapia Intensiva. Cuando se despertó y me vio al lado de su cama, lo primero que hizo fue preguntarme la hora.

—Son las nueve, mamá.

—¿Y qué hacés vos acá? Andá a tu casa, necesitás dormir.

—La situación cambió, mamá, ahora estás en terapia intensiva.

—Contame todo.

Los médicos del sanatorio querían operarla. Su cirujano particular no estaba de acuerdo. Le estaban haciendo una transfusión. Si pasaba la noche sin hemorragias, tenía una oportunidad. Mamá miró para atrás, vio que le estaban pasando una unidad de sangre y comprobó que le estaba diciendo la verdad.

—De ninguna manera acepto esa operación —me dijo, fuerte y clara como siempre—. Prefiero morirme con dignidad. Y no se hable más.

Pero la verdad es que no planeaba irse todavía y cada vez que se despertaba, en esa larga noche, quería saber la hora y preguntaba cómo estaba la situación. Otra hemorragia la destruyó a la madrugada. Después, ya no hubo esperanzas y sólo quedaba esperar el desenlace. ▀